

Nuria Calduch-Benages

# LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas  
de todos los domingos y fiestas

**Tiempo ordinario, ciclo A**

*Del 15 de enero al 29 de febrero de 2023*

**Cuaresma, ciclo A**

*Del 26 de febrero al 26 de marzo de 2023*

*2 de abril, Domingo de Ramos*

**TIEMPO ORDINARIO**



## Domingo 2 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Isaías 49,3.5-6

Te hago luz de las naciones para que seas mi salvación.

Esta lectura presenta un extracto del segundo «cántico del siervo» (Is 49,1-6), un texto de difícil interpretación, donde el mismo siervo cuenta y justifica la comprometida misión que Dios le ha confiado. El problema de la identidad del siervo (cf. el primer cántico, Is 42,1-7) aquí se agrava porque, por un lado, es identificado con Israel (v. 3) y, por otro, tiene que desempeñar una función en favor del pueblo (vv. 5-6).

Sea como sea, el poema insiste de nuevo en la llamada, investidura y misión del siervo. Después de ordenar a los pueblos lejanos (las islas) que escuchen atentamente (v. 1), el siervo describe, en primera persona singular, la llamada que ha recibido del Señor y su función en Israel. A continuación comunica una afirmación que Yahvé ha hecho sobre él (v. 3: «Tú eres mi siervo Israel de quien estoy orgulloso») a la que él responde, en un primer momento, expresando su frustración, depresión y fracaso en la misión y, luego, mostrando su confianza en Yahvé (v. 4). Por medio del siervo conocemos la respuesta del Señor que después de una larga fórmula de introducción (v. 5), se concreta en el v. 6. Allí se nos dice que el Señor extiende su misión también a las naciones paganas. La misión del siervo es, pues, una misión universal: llevar a todos los pueblos del mundo la verdad y la salvación de Dios.

### Segunda lectura: 1 Corintios 1,1-3

Gracias y paz os dé Dios nuestro Padre y Jesucristo nuestro Señor.

La primera carta a los Corintios, cuya lectura hoy iniciamos, es uno de los grandes textos paulinos. Escrita probablemente alrededor de la Pascua del año 57, es una especie de radiografía de la comunidad preferida de Pablo y, a la vez, la más hostil al apóstol, la que más problemas le causó.

En su saludo inicial, formulado en griego (*kharis*, «gracia») y en hebreo (*shalom*, «paz»), Pablo se presenta como apóstol de Jesucristo y describe la comunidad de los creyentes como santa, es decir, consagrada al ministerio y al testimonio por medio del bautismo.

## **Evangelio: Juan 1,29-34**

Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Inmediatamente después del Prólogo (1,1-18), el cuarto evangelista describe el testimonio de Juan el Bautista (1,19-34), al que seguirá el testimonio de los discípulos (1,35-51). Ambas escenas están situadas en el Jordán, lugar del bautismo.

Las palabras que en nuestro texto el Bautista dirige a Jesús remiten al v. 7 del Prólogo («Este [Juan] vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él») a la vez que lo explicitan ulteriormente. La primera afirmación del precursor es sorprendente, porque aplica a Jesús un título inaudito: «cordero de Dios». Este título es la primera confesión cristológica del evangelio y evoca el sacrificio del cordero pascual, memoria de la salida de Egipto y signo de la liberación que los judíos celebraban cada año en la fiesta de Pascua. «Cordero de Dios» también hace alusión al siervo de Yahvé de Is 53,6-7. La figura del siervo representa el pueblo de Israel y sus muchos sufrimientos son vía de salvación para muchos. De esta manera, el evangelista deja entrever desde el inicio el destino de muerte que espera a Jesús (cf. Jn 19,30), el redentor del mundo que, cargando sobre sí todos los pecados de la humanidad, trajo la salvación para cada ser humano.

En el v. 30 Juan Bautista afirma la trascendencia de Cristo mediante una expresión enigmática que juega con la categoría del tiempo. Aunque la manifestación de Jesús es posterior a la del precursor, la importancia de Jesús es mucho mayor porque le precede en el tiempo (cf. 1,1-2 sobre la preexistencia del *logos*). Aunque antes de la teofanía en el Jordán, Juan no conocía el origen divino de Jesús, se mantiene firme en su misión de precursor. Su único objetivo es que Israel conozca a su salvador (v. 31).

Juan «da testimonio» porque «ha visto». En el cuarto evangelio «ver» expresa una experiencia personal e intransferible. Sólo quien ha visto puede dar testimonio. Juan ha contemplado al Espíritu bajar del cielo y posarse sobre Jesús (v. 32) y por eso lo puede testimoniar. Juan está convencido de su vocación (bautizar con agua), pues se la confió el mismo Jesús que ha venido a «bautizar con Espíritu Santo» (v. 33).

«Yo lo he visto y he dado testimonio» repite el Bautista en el v. 34. Su reconocimiento de Jesús como «Hijo de Dios» es implícito. El evangelista hace alusión a la teofanía que ha acompañado el bautismo de Jesús, del que dan testimonio los evangelios sinópticos. En todos ellos se oye una voz del cielo que proclama a Jesús «Hijo de Dios».

## Domingo 3 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Isaías 8,23b–9,3

En la Galilea de los gentiles el pueblo vio una luz grande.

Situado en el «Libro del Emmanuel» (Is 6–12), nuestro fragmento es un oráculo mesiánico que anticipa el texto isaiano que cita Mateo en el evangelio. La humillación de las tribus del Norte mencionada en el v. 23b se refiere a la invasión de Galilea por parte de Tiglat-Pileser III (s. VIII aC). Este soberano asirio ocupó gran parte del territorio de Israel, incorporándolo a su imperio. Después de la caída de Samaria, deportó a sus habitantes y ordenó la colonización del país con gentes provenientes de otras partes del imperio.

Frente a esta situación de opresión, Isaías profetiza la liberación de Galilea, la tierra de los gentiles, por medio de sugestivas imágenes. En los vv. 1-2 la luz y la alegría ocupan toda la escena. La luz cancela las tinieblas, símbolo del caos y de la muerte, y abre paso a una nueva creación dominada por la alegría. La alegría se expresa mediante dos imágenes opuestas que pretenden abarcar la vida de una nación en sus momentos de paz y de guerra: la alegría de la siega, símbolo de la paz, y el gozo de la victoria después de la lucha, representado en la repartición del botín. El tema del v. 3, en cambio, es la libertad expresada por medio de símbolos relativos a la esclavitud: la vara, el yugo y el bastón del opresor son quebrantados como en la noche triunfal en que Gedeón venció a los madianitas (cf. Jue 7–8).

### Segunda lectura: 1 Corintios 1,10-13,17

Poneos de acuerdo y no andéis divididos.

Después del saludo (1,1-3) y la acción de gracias (1,4-9), Pablo aborda uno de los muchos problemas que había en la comunidad de Corinto: la división de los cristianos en distintos grupos atraídos por la simpatía o la habilidad oratoria de sus respectivos líderes: Apolo (cf. Hch 18,24-28), Pedro (cf. Jn 1,42), el mismo Pablo...

«Yo soy de Cristo» (v. 12), expresión que algunos entienden en clave irónica, más que indicar un grupo determinado, es la respuesta de Pablo que invita a mirar a Cristo y no a los líderes humanos. Entre los cristianos hay un solo guía, un solo maestro, una sola fuente de sabiduría: Jesucristo.

El anuncio de la salvación no requiere grandes cualidades retóricas (v. 17). Dios utiliza medios que no corresponden a la lógica humana para poner en evidencia que es él quien actúa en los corazones, predisponiéndolos a acoger la buena noticia.

### **Evangelio: Mateo 4,12-23**

Vino a Cafarnaún para que se cumpliera lo que había dicho el profeta.

Empezamos hoy la lectura continuada del evangelio de Mateo con una página que introduce la primera parte del mismo: la misión en Galilea (4,12-16,20). La nota redaccional de 16,21, donde Jesús anuncia por primera vez su pasión, indica el inicio de la segunda parte del evangelio: el camino hacia la pasión y muerte en Jerusalén (16,21-28,20).

Este fragmento evangélico indica cuatro aspectos de la actividad pública de Jesús: el lugar (vv. 12-16), el tema central de su predicación (v. 17), la elección de los primeros discípulos (vv. 18-22) y un sumario o resumen de su actividad (v. 23). Teniendo en cuenta que los vv. 18-23 son de lectura libre, concentramos nuestra atención en la primera parte del texto (vv. 12-17).

Después del silencio de Nazaret, Jesús escoge Cafarnaún, una modesta población pesquera a orillas del lago de Genesaret, como centro de su actividad evangelizadora. De allí se desplazará hacia otros pueblos donde había vivido desde su infancia. Cafarnaún se encuentra en la baja Galilea, una región que tradicionalmente había sido muy pagana ya desde tiempos antiguos, pues Isaías se refiere a ella como «el distrito de los gentiles» (cf. primera lectura). Dicha expresión la retoma Mateo en su evangelio para reafirmar su carácter pagano aún en tiempos de Jesús. Es muy significativo, pues, que la proclamación del Evangelio no empiece en la capital sino en una comarca provinciana y de poco rango (pagana, pobre, sin tradición y donde se habla dialecto).

Dos expresiones resumen el tema fundamental de la predicación de Jesús: «Convertíos» y «el Reino de los cielos está cerca» (v. 17). El imperativo «convertíos», frecuente en los oráculos proféticos, es una invitación a rectificar el camino, a cambiar de vida, a optar por el Señor. Convertirse implica hacer una opción de vida de acuerdo con el Evangelio. El motivo de la conversión es la proximidad del «Reino de los cielos». Ésta es una expresión típicamente mateana equivalente a aquella utilizada por Marcos y Lucas en sus evangelios: «Reino de Dios». Ambas indican una realidad trascendente centrada en Dios y los valores del espíritu.

## Domingo 4 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Sofonías 2,3; 3,12-13

Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde.

Sofonías ejerció su ministerio profético durante el reinado de Josías, hijo de Amón. Fue esta una época breve pero gloriosa para el reino de Judá que alcanzará su auge con la reforma religiosa del 622 aC sostenida por el rey Josías y el profeta Jeremías. Es probable que Sofonías ya hubiera terminado su misión antes de este acontecimiento histórico. Por eso, su predicación trasluce este clima de espera. Se dirige a un pueblo sumido en un inmenso letargo político, social y religioso, antes de que en el horizonte despunte el celo reformador de Josías. Su mensaje se articula alrededor del juicio implacable de Dios que caerá sobre los que han traicionado la fe en Yahvé y la esperanza de salvación para todos los marginados y pobres del país (los *'anawim*).

«Buscad al Señor los humildes» (2,3). Es a través de estos humildes (pobres) que buscan la justicia y la moderación que nacerá «un pueblo pobre y humilde» (3,12) que, sin embrago, se dedicará con alma y cuerpo a la realización del gran proyecto que Dios, junto con la humanidad, quiere construir en la tierra.

### Segunda lectura: 1 Corintios 1,26-31

Dios ha escogido lo débil del mundo.

Al principio de la carta (1,18-31), Pablo introduce la contraposición entre la falsa y la auténtica sabiduría. Es decir, entre la sabiduría del mundo, entendida como especulaciones lógicas e inútiles artificios retóricos, y la sabiduría de Dios que es el mismo Cristo Jesús. El texto se divide en dos partes: el lenguaje de la cruz (vv. 18-25) y la situación de los creyentes (vv. 26-31).

Pablo no dice que Cristo sea la sabiduría, sino que la salvación (concretada en justicia, santificación y redención) llega a través de Jesús crucificado. La sabiduría de Dios no se manifiesta en hazañas gloriosas o doctrinas esotéricas que tanto gustan al ser humano, sino en la cruz y la predicación de la cruz. En la debilidad extrema y el fracaso estrepitoso, la sabiduría de Dios es más potente que todas las sabidurías humanas. Aún más, ella es la fuente de nuestra vida. Así, Cristo crucificado expresa en su mismo ser y en su vida la sabiduría de Dios.



La lección que se deduce de esta teología de la cruz es indiscutible: nadie puede gloriarse en presencia del Señor; y quien se gloríe que lo haga en el Señor (vv. 29 y 31).

### **Evangelio: Mateo 5,1-12a**

Dichosos los pobres de espíritu.

En Mt 4,23 leemos que Jesús recorría Galilea anunciando el evangelio y curando a los enfermos. A estas dos facetas de su actividad misionera están dedicados los cap. 5-7 («el Sermón de la Montaña») y 8-9 («curaciones del Reino») del evangelio de Mateo respectivamente.

Las Bienaventuranzas (5,1-12) introducen y sintetizan el «Sermón de la Montaña» pronunciado por Jesús en un marco solemne: desde un monte, sentado, junto a sus discípulos, rodeado de la multitud y en actitud de enseñar. En línea con la tradición sapiencial del antiguo oriente, la bienaventuranza expresa la felicidad de la persona, el motivo de la misma y la disposición personal que la hace posible. Estos son los elementos básicos que, con las respectivas variantes, se repiten en las ocho bienaventuranzas del evangelio de Mateo (cf. la versión más breve de Lucas en 6,20-23). En ellas Jesús no describe distintas categorías de personas (los pobres de espíritu, los que lloran, los misericordiosos...) sino los rasgos que configuran al discípulo ideal, aquel o aquella que ha descubierto el Evangelio.

Definidas por algunos como la «*magna charta* del Reino», las Bienaventuranzas son un programa de vida, un camino de felicidad, una llamada a la conversión. Vida, felicidad y conversión son regalos que Dios concede libre y generosamente a muchas personas: a aquellas libres del afán de poseer y dominar, a los humildes, a los dispuestos al sacrificio, a los que luchan por la justicia, a los que ejercen la misericordia, transmiten paz y tienen el corazón limpio.

El programa de las Bienaventuranzas es desafiante porque no se rige por los esquemas de la lógica humana sino por los baremos del evangelio que no tienen nada que ver con la riqueza, la saciedad, la alegría pasajera o la vanagloria. Aceptar este desafío comporta ser insultado, calumniado y perseguido como lo fue Jesucristo, pero a la vez abre las puertas de la auténtica felicidad, aquella que nace en el corazón, invade el cuerpo y el espíritu y se comunica a los demás.

La primera y la última bienaventuranza mencionan explícitamente el Reino de los cielos como razón suprema de la felicidad: «porque de ellos es el Reino de los cielos» (vv. 3 y 12). Una expresión semítica típica de Mateo que significa la plena comunión con Dios.

## Domingo 5 del Tiempo Ordinario

### **Primera lectura: Isaías 58,7-10**

Entonces nacerá tu luz como la aurora.

En la tercera parte del libro de Isaías (cap. 56–66), obra de un poeta anónimo llamado Trito-Isaías activo durante el post-exilio, los cap. 56–58 se concentran en temas de carácter ético como, por ejemplo, la práctica del derecho y la justicia, la actuación de los gobernantes, las abominaciones de la idolatría... Más concretamente, todo el cap. 58 está dedicado al ayuno que agrada a Dios, un tema característico del profeta Amós. Los doce versículos que lo componen son una requisitoria contra el culto formal y en particular contra los ritos penitenciales, como el ayuno, cuando se disocian de la práctica de la justicia. Junto a la denuncia, el profeta exhorta a practicar el ayuno auténtico que agrada a Dios, es decir, la liberación de la opresión, la solidaridad con los necesitados, el rechazo de la calumnia.

Sólo entonces el Señor aceptará el diálogo (v. 9) y el pueblo se convertirá en una luz que iluminará las tinieblas (v. 10). No se puede, pues, concebir un culto separado de la vida, una fe que no comparta el pan con el hambriento y la casa con el desamparado.

### **Segunda lectura: 1 Corintios 2,1-5**

Os he anunciado a Cristo crucificado.

Este fragmento de la carta a los Corintios se refiere al problema de las divisiones internas que estaban minando la comunidad de Corinto. En pocos años se habían formado varios bandos y cada uno reconocía como guía a un personaje distinto. Era una situación de rivalidades, tensiones y discordias inevitables. Pablo se opone duramente a estos planteamientos partidistas apelando a la primacía absoluta de Cristo y a su propia experiencia.

La predicación de Pablo no se apoyaba en sus habilidades intelectuales o retóricas. De hecho, el apóstol llegó a Corinto totalmente abatido después del fracaso en Atenas, donde se dirigió a filósofos con palabras de sabiduría (cf. Hch 17,32-34). A partir de esa experiencia decidió hablar solamente de Cristo. Y así lo hizo en Corinto: empezó a anunciar a Cristo débil, asustado y temblando de miedo. Porque no es el mensajero ni su capacidad para proclamar el mensaje lo que cuenta sino el contenido del

mismo y la intervención del Espíritu que lo hace eficaz. Así pues, la predicción de Pablo hay que entenderla, no como un acto de protagonismo o lucimiento personal del apóstol, sino como un servicio a la comunidad. Su objetivo es dar a conocer los componentes esenciales de la fe: el testimonio de Dios (v. 1), Jesús crucificado (v. 2), la manifestación del Espíritu (v. 4) y el poder de Dios (v. 5). Esta es la ley fundamental del apostolado.

### **Evangelio: Mateo 5,13-16.**

Vosotros sois la luz del mundo.

Después de proclamar las bienaventuranzas (5,1-12), Jesús sigue hablando. Con el «vosotros» inicial, que remite al vosotros mencionado después de la última bienaventuranza («Bienaventurados vosotros cuando os insultarán...»), Jesús se dirige a los discípulos, a los que quieren seguirle y poner en práctica su programa de vida. Curiosamente no les dice lo que deberían ser sino lo que son en cuanto discípulos. Y lo hace de manera magistral, utilizando un lenguaje simbólico que se inspira en la experiencia cotidiana concreta y que, por consiguiente, todos pueden comprender sin dificultad.

Cuatro imágenes, desdobladas en dos pares paralelos, entran en juego en este fragmento: en primer lugar, la sal y la luz, y luego, la ciudad en lo alto del monte y la vela (o lámpara) en el candelero. La sal da sabor a los alimentos y preserva de la corrupción, pero si ella misma se corrompe, es decir, se echa a perder, entonces no hay remedio. En el contexto mateano, la sal simboliza la sabiduría (nótese que sabiduría y sabor tienen la misma etimología) de las Bienaventuranzas. La luz, una imagen muy frecuente en la Biblia, se contrapone a las tinieblas. Si éstas simbolizan la muerte, la desgracia y el pecado, aquella evoca la vida, la alegría y el amor. En la afirmación «vosotros sois la luz del mundo» resuena la auto-presentación de Jesús en el cuarto evangelio: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12).

La imagen de la luz se complementa con otras dos: la ciudad situada en la cima del monte, punto de referencia para todos los que caminan en la noche o se encuentran perdidos sin saber qué rumbo tomar y la vela que una vez encendida se coloca en el candelero para que alumbré toda la casa. Ni la ciudad se puede esconder ni la vela se coloca bajo el celemín (un recipiente de madera que servía para medir el grano y conservarlo), porque entonces pierden toda su eficacia.

Así pues, la luz de los discípulos (de los cristianos), concretada en sus buenas obras, no debe apagarse, porque su misión es alumbrar para que el mundo pueda ver.

## Domingo 6 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Eclesiástico 15,16-21

No mandó pecar al hombre.

Como respuesta a las objeciones de uno de sus supuestos oponentes o discípulos nace la reflexión de Ben Sira sobre la libertad y el pecado (15,11-22). Ésta se apoya en tres argumentos que el sabio presenta de manera progresiva: Dios detesta el pecado y no tiene necesidad del pecador (vv. 11-13), el ser humano, ya desde la creación, es libre a la hora de realizar sus opciones y, por consiguiente, responsable de sus acciones (vv. 14-18) y, por último, Dios, que lo ve y conoce todo, no concedió a nadie el permiso para pecar (vv. 19-22).

«Si quieres» (v. 16) indica que la observancia de los mandamientos de la Ley y la fidelidad a la voluntad del Señor constituyen una opción personal que depende única y exclusivamente de uno mismo. Y como la libertad se ejercita escogiendo, el discípulo puede escoger entre fuego y agua, entre la vida y la muerte. Fuego y agua son dos elementos de la naturaleza contrarios sólo en su función, no en su valor de bien y mal. Al excluirse mutuamente obligan al discípulo a tomar una decisión. Ahora bien, la oposición radical es la que se da entre la vida y la muerte (cf. Dt 30,15.19 y Gn 2-3), pues escoger la vida implica escoger el bien, mientras optar por la muerte implica optar por el mal.

El sabio exalta la sabiduría, el poder y la mirada de Dios: su sabiduría es grande, su poder es fuerte y su mirada lo abarca todo (vv. 19-21). Dios lo ve «todo» y conoce «todas» las acciones de los hombres. Este conocimiento absoluto de la realidad penetra hasta lo más íntimo del ser humano, allí donde entran en juego su libertad y responsabilidad. El v. 21 repite con mayor énfasis la misma idea de 15,11-12: Dios no quiere el pecado.

### Segunda lectura: 1 Corintios 2,6-10

Dios predestinó la sabiduría antes de los siglos para nuestra gloria.

La sabiduría de Dios no se manifiesta en gestas deslumbrantes o doctrinas misteriosas, sino en la cruz y la predicación de la cruz. En las debilidades y los fracasos, la sabiduría de Dios es más potente que todas las sabidurías humanas. No solo es más potente, sino que es la fuente de nuestra vida. De este modo, Cristo crucificado expresa en su ser y en su vida la sabiduría de Dios.

En 2,6-10 Pablo describe la sabiduría divina que actúa en la persona de Cristo con rasgos que en el Antiguo Testamento son propios de la sabiduría personificada. Es divina (Pr 8,22; Si 24,3), misteriosa, escondida, inaccesible (Job 28; Ba 3-4; Sir 1); preexistente, creada antes de los siglos (Pr 8,23; Si 24,9); gloriosa (Sb 7,25; 9,10) y desconocida para los jefes del mundo (Ba 3,16).

### **Evangelio: Mateo 5,17-37**

Se dijo a los antiguos, pero yo os digo.

La lectura evangélica contiene la famosa página mateana de las antítesis, donde Jesús declara no haber venido para abolir la Ley veterotestamentaria sino para darle plenitud (v. 17). En oposición a los fariseos cuya interpretación de la ley había degenerado en la casuística y en la trampa de cumplir lo mínimo imprescindible para salvarse, Jesús propone una vivencia interior y personalizada de la ley (vv. 18-20). Para explicar su doctrina recurre a una serie de ejemplos que siguen todos el mismo esquema: «Habéis oído que se dijo» + cita del Antiguo Testamento + comentario interpretativo + «pero yo os digo» + nueva interpretación de Jesús.

La primera antítesis, sobre el homicidio y la reconciliación (vv. 21-26), se centra en la preocupación por el perdón y el amor fraterno, alcanzando su clímax en los vv. 23-24. En clave evangélica «no matarás» significa no odiar, no maldecir, perdonar siempre, porque del rencor y el insulto brotan la violencia y el asesinato. La segunda antítesis se refiere al adulterio y el escándalo (vv. 27-30). En este caso, Jesús coloca el acento en la conciencia de la persona y en su capacidad de decisión. Así, el verbo «desear», que de por sí no implica ninguna acción concreta, indica una opción y una actitud personal negativas. La tercera antítesis aborda el problema del divorcio (vv. 31-32), defendiendo su unidad inquebrantable en cuanto signo del amor de Dios. La última antítesis concierne a los juramentos (vv. 33-37) que, en una sociedad de cultura oral, simbolizaban las relaciones interpersonales y sociopolíticas. Jesús defiende la sinceridad y la verdad en cualquier tipo de relación humana. Amor, honestidad, verdad son, pues, los valores que han de determinar las decisiones del discípulo de Jesús.

El texto continúa con otras dos antítesis, que leeremos el próximo domingo: una sobre la venganza (vv. 38-42) y otra sobre el amor a los enemigos (vv. 43-48).

## Domingo 7 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Levítico 19,1-2.17-18

Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Esta selección de versículos forma parte de la última sección del libro del Levítico, conocida como «Ley o Códice de Santidad» (cap. 17–26) precisamente a causa de la insistencia sobre el concepto de santidad. Es un código legislativo autónomo que recoge las leyes del santuario de Jerusalén. El material tratado es muy variado y concierne todos los aspectos de la vida del israelita.

Dios, el santo por excelencia, invita al pueblo a un camino de santidad (v. 2). Este Dios santo es el Señor que ha hecho salir a los israelitas de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. Nótese que el Decálogo empieza con las mismas palabras (Ex 20,2; Dt 5,6).

El secreto de la santidad es el amor, el amor hacia Dios que se manifiesta en la observancia de sus preceptos (cf. 19,3) y se realiza mediante el amor al prójimo, hermano o extranjero. En estos mandamientos (vv. 17-18) se condensa toda la Ley.

Si esta ley exhorta a los israelitas a ser santos, Jesús pedirá a los discípulos que sean perfectos «como vuestro Padre celestial», invitándoles a amar también a los enemigos. Esta página del Levítico, por tanto, puede muy bien considerarse una anticipación evangélica.

### Segunda lectura: 1 Corintios 3,16-23

Todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios.

Con este fragmento se concluye la primera unidad literaria de la carta (1,1–3,23), en la que Pablo ha abordado el espinoso problema de las facciones religiosas que han surgido en el seno de la comunidad de Corinto, creando división y rivalidades entre sus miembros. Pablo se esfuerza en explicar que su acción apostólica no se inspira en la filosofía y la sabiduría griegas sino en la aceptación incondicional de Cristo.

Tres son los elementos a destacar en los vv. 16-23: primero, la teología del templo de Dios, según la cual cada persona, y en particular cada cristiano, es templo de Dios y morada del Espíritu; segundo, la exaltación de la sabiduría cristiana, completamente distinta de los criterios de este

mundo, pues está centrada en una sola figura: el Cristo crucificado; y tercero, la pertenencia de todos a Cristo y a Dios: «vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (v. 23).

### **Evangelio: Mateo 5,38-48**

Amad a vuestros enemigos.

El domingo pasado escuchamos cuatro ejemplos en los que Jesús ofrecía una nueva interpretación a la ley antigua (5,17-37). Hoy completamos la serie con los dos últimos ejemplos, formulados a modo de antítesis, que tratan sobre la venganza y el perdón (5,38-42) y el amor a los enemigos (5,43-48).

Primer ejemplo. Aunque la fórmula «ojo por ojo, diente por diente» (fórmula incompleta, utilizada comúnmente para designar la «ley del talión») choque contra nuestra mentalidad moderna y provoque en nosotros un rechazo casi automático, no hay que olvidar el objetivo que se esconde detrás de dicha fórmula. Lo que en último término pretendía la ley del talión era salvaguardar la justicia y evitar las venganzas excesivas (cf. Gn 4,23-24). La venganza es una cuestión fundamental en la legislación del Antiguo Testamento. De ella se ocupan los cuatro textos relativos a la ley de la estricta justicia, conocida como la *lex talionis* (Ex 21,23-25; Dt 19,15-21; 25,1-12 y Lv 24,18-20): una ley que establece la equivalencia entre daño y pena, sin tener en cuenta el carácter voluntario o involuntario de la acción cometida, a excepción del caso de homicidio (cf. Nm 35,9-34 y Dt 10,1-13 sobre las ciudades asilo). Jesús, sin pretender en ningún momento discutir la normativa jurídica, social o ética de su nación, lanza una propuesta de carácter teológico, ofreciendo un nuevo modelo de vida para el cristiano basado en el perdón.

Segundo ejemplo. Con este canto al amor de los enemigos se cierra la serie iniciada en 5,17. Hay quien lo ha definido como la clave de bóveda con que se cierra el pórtico de la santidad, bajo el que es preciso pasar para entrar en el Reino de los Cielos. Si en 5,20 Jesús advertía: «Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos», en 5,48 la novedad de su doctrina se hace manifiesta: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». El Levítico decía «sed santos» (primera lectura) y Lucas dice «sed misericordiosos» (6,36). Tres expresiones distintas que significan lo mismo: el ser humano es ser humano en cuanto imagen de Dios. Esta es la gran propuesta de la ética cristiana, una propuesta sin límites, casos, reducciones o distinciones que tiende idealmente a la perfección misma de Dios.

# CUARESMA





## Miércoles de Ceniza

### Primera lectura: Joel 2,12-18

Rasgad los corazones, no las vestiduras.

El libro de Joel, uno de los doce profetas o profetas menores, probablemente fue escrito entre los siglos IV y III aC; por lo tanto, después del exilio a Babilonia. El ministerio profético de Joel, de quien no contamos con ninguna noticia biográfica, parece haberse desarrollado en la ciudad de Jerusalén con una particular atención al templo y al culto.

El libro se divide en dos partes: 1,5–2,17 (la invasión de las langostas y la conversión penitente del pueblo) y 2,18–4,21 (la promesa de perdón y el don del espíritu proyectados en clave escatológica). La primera parte, que es la que a nosotros nos interesa, se subdivide en cuatro secciones entre las que se establece una relación entrecruzada, es decir, la primera se relaciona con la cuarta y la segunda con la tercera: 1,5-14 (Proclamad un ayuno); 1,15-29 (Viene el día del Señor); 2,1-11 (Viene el día del Señor) y 2,12-17 (Proclamad un ayuno).

Después de dos catástrofes históricas (la plaga de langostas y el ejército asolador), el profeta invita al pueblo a una renovación interior y a una acción penitencial (2,12-18), insistiendo de forma particular en las actitudes interiores de las personas: «Rasgad los corazones, no las vestiduras» (v. 12).

### Segunda lectura: 2 Corintios 5,20–6,2

Dejarse reconciliar con Dios; ahora es el tiempo de la gracia.

Después de la primera carta, en la comunidad de Corinto se han infiltrado algunos personajes hostiles a Pablo y a su misión que contestan su autoridad apostólica. Gracias a la intervención de Tito la situación se resolverá y la calma volverá a reinar en la comunidad. La carta, escrita en otoño del 57 dC, revela con gran espontaneidad la vida interior del apóstol de Cristo.

Los versículos seleccionados, aunque en la lectura aparecen unidos, pertenecen a dos pasajes distintos: 5,18-21 (motivos inspiradores del ministerio apostólico) y 6,1-10 (dificultades y paradojas del ministerio apostólico), cuyas ideas principales son la reconciliación y el tiempo favorable respectivamente.

La nueva creación es fruto de la reconciliación realizada por Dios mediante Cristo. Ahora, la reconciliación es encomendada a los apóstoles, es decir, a la Iglesia (v. 20). Con una expresión audaz, el v. 21 afirma la plena solidaridad de Cristo con los pecadores que se han reconciliado con Dios gracias a su obediencia incondicional al Padre hasta la muerte en cruz.

El tiempo favorable de la salvación (6,2), al que se alude mediante la cita de Is 49,8, es el que transcurre entre la primera y la segunda venida del Señor.

### **Evangelio: Mateo 6,1-6.16-18**

Tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.

A las seis antítesis que ilustran la doctrina del Sermón de la Montaña, sigue una instrucción sobre la vida cristiana que se basa en las tres principales obligaciones religiosas de los judíos: la limosna (6,1-4), la oración (6,5-15) y el ayuno (6,16-18). Su mensaje fundamental se concentra en el v. 1 donde Jesús advierte a los discípulos contra el afán de gloria personal, los alardes y ostentaciones. La frase «cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos» remite a 5,20: «Si vuestra justicia no superará la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos». Así pues, «vuestra justicia» no puede ser egocéntrica, como la de los hipócritas, sino teocéntrica, centrada exclusivamente en Dios, como exige el Evangelio.

Comparada con las otras dos, la instrucción sobre la oración es la más larga (vv. 5-15), si bien en nuestro texto no se lee íntegra. Jesús enseña una nueva forma de orar en contraste con la oración de los fariseos (hipócrita y teatral, vv. 5-6) y la de los paganos (a base de interminables y monótonos rezados, vv. 7-8). El modelo de la oración cristiana es el Padrenuestro (vv. 9-13).

En línea con los profetas (cf. Is 58), en la instrucción sobre el ayuno (vv. 16-18) Jesús critica el ritualismo de los fariseos que exageraban sus manifestaciones exteriores de tristeza (no lavarse, ni perfumarse y a veces ni saludar) para que su sacrificio fuera motivo de alabanza. El ayuno es un complemento de la oración con valor expiatorio, un ejercicio de humildad que, para agradar a Dios, requiere una intención sincera. Por eso, Jesús aconseja justo lo contrario de lo que hacían los hipócritas: «Cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate el rostro». En otras palabras, preséntate ante los demás como si te estuvieras preparando para una fiesta. Lo que vale es la intención del corazón y el deseo de agradar a Dios, no a los demás.

## Domingo 1 de Cuaresma

### Primera lectura: Génesis 2,7-9; 3,1-7

Creación y pecado de los primeros padres.

La primera lectura aúna dos fragmentos del segundo relato de la creación (2,4b-3,24) tradicionalmente atribuido a la tradición yahvista, más antigua que la sacerdotal (cf. 1,1-2,4a, el primer relato de la creación). El primer fragmento describe la creación del ser humano (2,7-9) y el segundo el pecado de los primeros padres (3,1-7).

Dios, el indiscutible protagonista de la escena, lleva a cabo cinco acciones (modelar, soplar, plantar, colocar, hacer brotar) de las cuales tres tienen por objeto al ser humano. Dios modela al ser humano (*'adam*) con arcilla de la tierra (*'adamah*). Con un soplo, Dios ofrece al ser humano algo de sí mismo, un aliento de vida que le convierte en un ser viviente; aliento de vida que establece un estrecho vínculo entre criatura y Creador (v. 7). Una vez plantado un jardín en Edén, Dios coloca en él al ser humano que había modelado (v. 8). Acto seguido, hace brotar toda clase de árboles hermosos, entre ellos el árbol de la vida, en mitad del jardín y el árbol del conocimiento del bien y del mal (v. 9).

En 3,1-7 la serpiente, el más astuto de los animales, establece un diálogo con la mujer y mediante una sutil manipulación de la información (refiere las palabras que Dios había dirigido al hombre y a la mujer de modo que tergiversan su mensaje), consigue enredarla suscitando en su interior dudas, inquietudes y deseos que nunca antes le habían preocupado. Ella, al final, cae en la trampa y se rebela contra los límites de su ser criatura (la temporalidad y la muerte), comiendo el fruto del árbol prohibido y ofreciéndoselo a Adán, quien también comió. Acto seguido, ambos se percataron de su desnudez interior y sintieron la necesidad de protegerse uno del otro, conscientes de la diferencia que, a partir de ese momento, se interponía entre ellos como un obstáculo.

### Segunda lectura: Romanos 5,12-19

Si creció el pecado, más abundante fue la gracia.

Después de 5,1-11, pasaje que sirve de transición entre los cap. 1-4 (la humanidad necesitada de salvación) y los cap. 5-8 (la condición del hombre justificado), nuestro fragmento establece una comparación entre

los dos polos de la historia universal según Pablo: Adán, fuente de pecado y de muerte para sus descendientes, y Cristo, fuente de paz y vida eterna con Dios.

Estamos ante un pasaje difícil (de hecho, el leccionario indica que los vv. 13-17 pueden omitirse), donde el apóstol enseña que el ser humano es el único responsable de la condición pecadora de la humanidad que la aleja temporal o definitivamente de Dios: «porque todos pecaron» (v. 12). Es de notar que tanto el pecado como la muerte aparecen en cierto modo personificados. El pecado es presentado como una potencia maléfica, una fuerza hostil a Dios y a su reinado que, entrando en la naturaleza humana, provoca la muerte física como signo de la muerte espiritual. En cuanto a la muerte, aparece como una fuerza cósmica que ya existía antes de la Ley debido al pecado de Adán. Ahora bien, Adán es «figura del que había de venir» (v. 14), es decir, Cristo, el nuevo Adán que, venciendo a la muerte, da origen a una nueva humanidad redimida, salvada y reconciliada con Dios.

Si Adán determinó la situación para todos en el mal, Cristo lo hizo para el bien (vv. 18-19). Escoger entre el influjo del primero o del segundo Adán es una cuestión que cada persona debe decidir.

### **Evangelio: Mateo 4,1-11**

Jesús ayuna cuarenta días y es tentado.

Al relato del bautismo y la teofanía del Jordán (Mt 3,13-17), sigue el de las tentaciones de Jesús en el desierto donde pasó cuarenta días y cuarenta noches (cf. los cuarenta años que Israel empleó para atravesar el desierto hasta llegar a la tierra prometida). La clave de lectura y de interpretación de este relato se encuentra en los textos bíblicos citados por Jesús. A cada uno de los falsos modelos de mesianismo propuestos por el tentador, Jesús responde con una cita bíblica tomada del libro del Deuteronomio.

En la primera tentación se cita Dt 8,3, un pasaje que comenta Ex 16, o sea la murmuración de Israel a causa del hambre que pasaba en el desierto: es la propuesta de un mesianismo materialista o social (las piedras que se transforman en panes). Como réplica a la segunda propuesta diabólica, Jesús cita Dt 6,16, versículo que se refiere a la protesta del pueblo en Masá y al hecho de que puso a prueba al Señor (Ex 17,1-7): la tentación ahora es aceptar un mesianismo taumatúrgico, mágico, fantástico (el descenso desde el alero del templo). Por último, la cita de Dt 6,13 en la tercera tentación alude a la idolatría del bienestar y del poder que había hecho mella en Israel: también este mesianismo político es rechazado por Jesús (los reinos del mundo).

## Domingo 2 de Cuaresma

### Primera lectura: Génesis 12,1-4a

Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios.

El libro del Génesis se divide en dos partes principales: los cap. 1-11 (la prehistoria bíblica o historia de los orígenes de la humanidad) y los cap. 12-50 (la historia de los patriarcas), ambas marcadas por la presencia de «las generaciones», las cuales establecen un vínculo de sucesión entre los distintos episodios: la vida nace y continúa.

Con Gn 12,1-4a, el relato de la vocación de Abrahán, empieza la segunda parte del libro que el autor hábilmente relaciona con la primera mediante la breve historia de Teraj (11,27-32), padre de Abrahán, quien partiendo de Ur de Caldea con toda su familia se dirige hacia el nordeste y se establecen en Carrán.

En la vocación de Abrahán se refleja la vocación de Israel. Dios escoge a un hombre y con él a su pueblo para realizar una misión: ser fuente de bendición para todos los pueblos. A la orden del Señor «sal de tu tierra», corresponde la ejecución inmediata de parte de Abrahán: «Abrahán marchó, como le había dicho el Señor». Sin dudas, temores, titubeos u objeciones, Abrahán obedeció al Señor confiando totalmente en su palabra. Dejó, pues, sus seguridades y se lanzó rumbo a lo desconocido. Al aceptar este riesgo, Abrahán se convirtió en arquetipo de la fe. De ahí que la tradición le llamará «nuestro padre en la fe».

### Segunda lectura: 2 Timoteo 1,8b-10

Dios nos llama y nos ilumina.

La segunda carta a Timoteo se presenta como el «testamento espiritual» de Pablo quien, estando en prisión, presente cercana la muerte y pide a Timoteo, su discípulo predilecto, que lo vaya a visitar cuanto antes. Pablo exhorta a Timoteo a luchar y sufrir por el evangelio, teniendo presente el ejemplo de su maestro con el que ha vivido tanto tiempo.

La «vocación santa» (v. 9) es la vocación a la santidad de todos los cristianos, especialmente de aquellos que desempeñan un ministerio en la Iglesia; una vocación a la que hemos sido llamados por Dios desde la eternidad; una vida que refleje la verdad, bondad y belleza de Dios. Jesucristo vino al mundo para hacer realidad este ideal de vida: «Él destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal, por medio del Evangelio» (v. 10).

### **Evangelio: Mateo 17,1-9**

Su rostro resplandeció como el sol.

Después de la confesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo, Jesús empezó a revelar a los discípulos su destino: «Desde entonces Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría» (16,21). Este es el primero de los tres anuncios de la Pascua, y la transfiguración no es sino una acción simbólica que predice la Pascua. Palabra y gesto de Jesús orientados, pues, hacia un mismo objetivo: revelar el misterio de su pasión, muerte y resurrección.

En el relato de la transfiguración, situado en una alta montaña que evoca el Sinaí, el elemento central es la voz, una voz que en el evangelio de Mateo resuena en tres momentos importantes de la vida de Jesús. Al inicio de su ministerio público, durante el bautismo en el Jordán, una voz del cielo dice: «Este es mi hijo amado en quien me complazco» (3,17). Al final, cuando Cristo es elevado en la cruz ante todo el pueblo, el centurión exclama: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (27,54). Y en el centro de la vida de Jesús, durante la transfiguración, la misma voz declara la filiación divina de Cristo: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle» (17,5).

Detrás de esta declaración se pueden descubrir tres referencias a textos del Antiguo Testamento, las cuales nos ofrecen la clave de interpretación del pasaje. El primero es Sal 2,7: «Tú eres mi hijo», un salmo real aplicado a Cristo, verdadero rey e hijo de Dios. El segundo es Is 42,1: «Este es mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien me complazco», el comienzo del primer cántico del siervo de Yahvé, que es figura mesiánica, prefiguración de Cristo. El tercero es Dt 18,15: «El Señor tu Dios suscitará en medio de tus hermanos un profeta como yo; a él lo escucharéis». Jesús se presenta como el verdadero profeta a quien los discípulos han de escuchar y de este modo se afirma su superioridad sobre Elías y Moisés: él es la única figura decisiva para obtener la salvación.

Al final del episodio, Jesús se queda solo: sin resplandor, sin nube, sin voz del cielo, sin profetas. Los discípulos tienen que bajar de la montaña y caminar con él hacia la Pascua, en silencio.

## Domingo 3 de Cuaresma

### Primera lectura: Éxodo 17,3-7

Danos agua para beber.

En la segunda parte del libro del Éxodo (15,22–18,27), Israel emprende un largo y duro viaje a través del desierto en dirección al Sinaí. Al cabo de tres días de su salida de Egipto, la falta de agua y alimentos provocaron tres casos de rebelión del pueblo contra el Señor y Moisés. El primero tiene lugar en Mará, cuyas aguas no se podían beber por ser amargas (15,22-27), el segundo sucede en el desierto de Sin, donde los israelitas se quejan de hambre (16,1-36), y el tercero en Refidín, donde de nuevo surge el problema de la escasez de agua (17,1-7).

La primera lectura describe esta última rebelión del pueblo que culmina con una pregunta con la que Israel duda de la presencia del Señor: «¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?» (v. 7). Por tercera vez el Señor demuestra que está al lado del pueblo ayudándole a continuar la marcha y proveyendo a sus necesidades. En esta ocasión utiliza el cayado con que había provocado las plagas de Egipto. El mismo instrumento que antes había servido para castigar mortalmente a los egipcios, ahora sirve para sustentar a su pueblo. Paradójicamente será Jetró, el suegro de Moisés, sacerdote madianita y por tanto extranjero, quien reconocerá al Señor como el Dios del Éxodo, el liberador de Israel (cf. 18,9-12).

### Segunda lectura: Romanos 5,1-2.5-8

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Con este texto da comienzo la segunda sección (cap. 5–8) de la primera parte de la carta a los Romanos (cap. 1–11), en la que Pablo reflexiona sobre la condición del hombre justificado. El cristiano vive reconciliado y en paz con Dios porque ha sido liberado del pecado, de la muerte y de la Ley. La paz, la serenidad y la alegría son fruto de la justificación.

En los versículos seleccionados, Pablo habla sin alegorías sobre el don del Espíritu Santo que los cristianos hemos recibido de Dios Padre por medio de Jesucristo. Las tribulaciones de la vida no destruyen nuestra esperanza sino que, al contrario, la refuerzan y vivifican, porque la fuerza del Espíritu Santo supera cualquier prueba o adversidad.



## **Evangelio: Juan 4,5-42**

Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La lectura evangélica es una página magistral del cuarto evangelio, en la que Juan narra el encuentro de Jesús con una mujer samaritana cuyo nombre desconocemos. El encuentro tiene lugar en el pueblo de Sicar, más exactamente en el pozo de Jacob, a una hora insólita, las doce del mediodía.

Jesús rompe el silencio y le pide a la mujer que le dé de beber (v. 7). Con sólo tres palabras Jesús inicia el diálogo, rompiendo todos los tabúes de la época: la religión (para los judíos los samaritanos eran cismáticos), la nacionalidad (los judíos consideraban a los samaritanos como extranjeros), la raza (los samaritanos pertenecían a una raza espuria, impura, contaminada), y el sexo (Jesús, maestro, no podía hablar a solas con una mujer en público).

Después del primer intercambio de palabras, la mujer queda maravillada ante la respuesta de Jesús. No consigue entenderla del todo, pues su interpretación se detiene en un nivel que podríamos llamar natural: el agua viva se encuentra sólo en el fondo del pozo. El misterio se hace cada vez más profundo y poco a poco la conversación cambia de rumbo. Primero han hablado del don del agua viva, ahora hablan de aquél que ofrece el don. Jesús insiste en un agua que quita la sed para siempre, un agua que brota para la vida eterna (vv. 10-14). Tan pronto como la mujer empieza a mostrar un cierto interés, Jesús dirige el diálogo hacia la vida privada de la samaritana (vv. 16-18) con un claro objetivo. Jesús no pretende indagar en la vida conyugal de la mujer, ni tampoco quiere provocar una conversión fulminante en su corazón. Como buen maestro, Jesús utiliza una estrategia pedagógica para reconducir el diálogo al tema principal, es decir, su revelación. Jesús quiere revelarse a la samaritana y con ella al resto de samaritanos, a los discípulos, a todos nosotros.

La mujer intuye que Jesús no es como los otros hombres. Lo considera un profeta, pero sigue sin entenderle. Aunque imperfecta, la samaritana tiene su fe y espera la revelación del Mesías (el Mesías que esperaban los samaritanos). Llegamos así al clímax del encuentro: «Yo soy el Mesías, el que habla contigo» (v. 26). La respuesta a esta auto-revelación de Jesús sólo puede ser una: o fe o incredulidad. Y la respuesta no se hace esperar. La samaritana responde no con palabras sino con hechos. Abandona su cántaro (el agua material ya no le interesa) y se va al pueblo a anunciar lo que le ha sucedido: su encuentro con el Mesías (vv. 28-29). Dice el texto que muchos samaritanos creyeron por las palabras de la mujer y luego también por sí mismos (vv. 39-42).

## Domingo 4 de Cuaresma

### Primera lectura: 1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a

David es ungido rey de Israel.

Con 1 Samuel 16 empieza la historia del ascenso de David al trono que se extiende hasta 2 Samuel 5, cuando David es reconocido rey por todas las tribus. Si Samuel fue el protagonista en 1 Samuel 1–12 y Saúl lo fue en 1 Samuel 13–15, a partir de ahora el personaje central de la historia será David, el primer gran rey de Israel. Hijo de Jesé, de la tribu de Judá, David es el fundador de la dinastía que durante cuatro siglos reinó en Jerusalén.

El rechazo de Saúl como rey por parte del Señor mencionado en 13,13-14 y de nuevo en 15,26 recibe una ulterior confirmación en 16,1-13, relato que nuestra lectura recoge sólo parcialmente. Nótese, por contraste, que la subida de David al trono irá acompañada de este estribillo: «El Señor estaba con él» (18,12.14).

Encomendada a Samuel, la unción de David como rey de Israel se realiza en secreto durante una ceremonia familiar en Belén. Digna de mención es la réplica que el Señor dirige a Samuel: «Dios no ve como los hombres, que ven las apariencias; el Señor ve el corazón» (v. 7). La frase revela una evidente oposición entre el ver de Dios y el ver del ser humano. Dios mira el interior de la persona, mientras los humanos miran el aspecto exterior. En otras palabras, mientras el ser humano juzga según las apariencias, los criterios de Dios son de otro orden.

Igual que había entrado en Saúl, «en aquel momento el espíritu del Señor invadió a David». En este caso, sin embargo, su permanencia no será ocasional sino para siempre tal como indica la expresión «y estuvo con él en adelante» (v. 13).

### Segunda lectura: Efesios 5,8-14

Levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

Situado en la segunda parte de la carta a los Efesios (4,1–6,24), nuestro fragmento es una viva exhortación a vivir en la luz de Cristo. Frecuente en el Antiguo y el Nuevo Testamento así como en los escritos de Qumrán, la oposición «luz-tinieblas» tiene un significado simbólico. Puede entenderse como la lucha entre dos fuerzas contrarias que despliegan todo su poder para adueñarse del cristiano. Mientras la luz produce frutos como la bondad, la justicia y la verdad, las tinieblas sólo esconden acciones vergonzosas y reprobables.

Ante un tal acoso, el cristiano es libre de hacer su elección, pero para Pablo existe una única alternativa válida. Y la confirma citando un texto de origen desconocido, probablemente un fragmento de un antiguo himno bautismal: «Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz» (v. 14). La invitación a levantarse de entre los muertos equivale a liberarse de los pecados y vicios, para resurgir a la luz de Cristo.

### **Evangelio: Juan 9,1-41**

Fue, se lavó, y volvió con vista.

El símbolo de la luz domina el relato del ciego de nacimiento, una auténtica historia de conversión que hace referencia a la situación de los cristianos de la comunidad joánica que fueron expulsados de la sinagoga en torno al año 80 dC. El relato forma parte de la parte discursiva de la quinta sección del libro de los signos: «Jesús, luz que juzga el mundo» (Jn 9–10).

El episodio tiene como escenario la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas (en hebreo, *sukkot*), una de las principales solemnidades de los judíos. Se celebraba en el primer mes del calendario hebreo y duraba siete días, durante los cuales la gente habitaba en cabañas en memoria del tiempo en que sus padres habían vivido en ellas durante la travesía por el desierto antes de entrar a la Tierra Prometida. Cuando existía el templo, el sacerdote iba a la piscina de Siloé a buscar el agua lustral para esparcirla sobre el altar y, por la noche, antorchas y braseros colocados en las murallas del templo iluminaban misteriosamente la ciudad santa.

El agua de Siloé y la luz serán los componentes del milagro de Jesús (vv. 1-12), al que seguirá la discusión con los fariseos (vv. 13-34) y el pasaje conclusivo sobre la ceguera espiritual (vv. 35-41). Curando al ciego de nacimiento, Jesús demuestra ser «la luz del mundo» a la vez que se opone a la concepción tradicional según la cual la enfermedad es consecuencia del pecado. Por su parte, el que antes no podía ver pasa de las tinieblas a la luz, sufriendo una transformación interior difícil de entender desde fuera. Consternados por lo ocurrido, los fariseos discuten sobre el caso, pero no consiguen ponerse de acuerdo. El ciego, que encontrando la luz ha recobrado la vista, representa una amenaza para el orden establecido porque reconoce que Jesús es el Mesías, el enviado de Dios. Y eso sólo es posible mediante la fe. Retomando la pregunta inicial, Jesús imputa a los fariseos una ceguera, que a diferencia de la enfermedad, es consecuencia del pecado porque los aísla en su autosuficiencia y les impide creer en Jesús.

## Domingo 5 de Cuaresma

### Primera lectura: Ezequiel 37,12-14

Os infundiré mi espíritu y viviréis.

La primera lectura consiste en tres versículos de uno de los pasajes más conocidos atribuidos a Ezequiel, profeta que recibió su vocación en el exilio de Babilonia y desempeñó su ministerio entre los hebreos deportados. Nos referimos a «la visión de los huesos secos» (37,1-14). Se compone de dos partes bien diferenciadas: una visión (vv. 1-10) y una parábola (vv. 11-14). La visión es la representación simbólica de un hecho relevante de la experiencia espiritual del profeta y la parábola es la interpretación del mismo hecho que quiere ilustrar la realidad vivida.

Los huesos que hemos contemplado en la llanura son los israelitas exiliados que, aunque siguen estando vivos, se sienten calcinados, exhaustos, como muertos. Los huesos, que en lenguaje metafórico representan la «fuerza», ya no se tienen en pie. Diseminados en la llanura son la viva imagen de la muerte. La esperanza del pueblo elegido se ha desvanecido. El pueblo se siente morir, porque lo ha perdido todo: los afectos, las raíces, la tierra, la esperanza. Y todavía peor, ha perdido al Señor, el único capaz de hacerlo revivir (v. 12). A los huesos secos se añaden ahora las imágenes de los cadáveres, los sepulcros, las tumbas. Sin embargo, el amor del Señor por su pueblo es tan fuerte que lo saca de la tumba del exilio y lo resucita a la vida nueva (v. 13). Al final de la parábola, el pueblo es «mi pueblo», y el espíritu es «mi espíritu» y la tierra de Israel es «vuestra tierra» (v. 14). La palabra del Señor ha vencido. Es una palabra eficaz, que realiza lo que dice.

### Segunda lectura: Romanos 8,8-11

El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros.

Capítulo central de la carta a los Romanos, el cap. 8 es un himno al Espíritu de vida, donde Pablo recurre, como suele hacer en otros lugares (Gal 3,3; 5,16-26; Flp 3,3), a la contraposición entre espíritu y carne para expresar sus pensamientos.

Si se prescinde del contexto, cabría pensar en una dicotomía de estilo platónico, es decir, entre cuerpo y alma. Ahora bien, en nuestro texto la carne y el Espíritu no designan dos partes diferentes de la persona, sino dos tendencias, dos fuerzas contrarias que luchan en el interior de la misma. Mientras la carne representa todos los deseos egoístas y bajos

que anidan en el corazón humano, el Espíritu, recibido en el Bautismo, simboliza todo los deseos buenos y nobles, no sólo espirituales, que la persona experimenta en su existir. De ahí que el Espíritu sea la norma de la conducta cristiana, la fuerza impulsora del apostolado, el inspirador de la bondad y la justicia.

El cristiano, con toda su carga negativa de pecado y debilidad, ha muerto con Cristo en la cruz, pero el Espíritu le hace capaz de vivir siguiendo a Cristo hasta la resurrección final.

### **Evangelio: Juan 11,1-45**

Yo soy la resurrección y la vida.

Los cap. 11–12 tienen como objetivo preparar la segunda parte del evangelio de Juan, el llamado «Libro de la Gloria» (cap. 13–21). En ellos el autor anticipa, mediante el uso de diversos recursos estilísticos, todo el misterio pascual de Jesús antes de su realización.

El episodio de la resurrección de Lázaro nos habla indirectamente de Jesús, su muerte y resurrección. Veámoslo más concretamente: a) La enfermedad de Lázaro traerá consigo la glorificación (o sea también la muerte) de Jesús (v. 4); b) Para Jesús, ir a Judea, a fin de resucitar a Lázaro, significa avanzar hacia la muerte; por su propia voluntad, toma la decisión de entregar la vida, y así lo entiende Tomás el Mellizo (vv. 7-16); c) La intervención de Marta, apenada por la muerte de su hermano, provoca la manifestación de Jesús como la resurrección y la vida del mundo (vv. 24-25). La narración se desarrolla en tres escenas: una introducción en la que Jesús deja espacio sólo a la iniciativa divina (vv. 1-16), el diálogo con Marta y María (vv. 17-38) y la resurrección de Lázaro (vv. 39-45).

En el intenso y profundo diálogo con Marta, Jesús hace tres afirmaciones mediante las cuales revela su identidad de Hijo de Dios (vv. 25-26). La primera y fundamental, «Yo soy la Resurrección y la Vida», resume el mensaje de la entera narración. El Jesús humano que llora por la muerte de un amigo es a la vez el Jesús divino que tiene poder sobre la muerte. La segunda afirmación, «El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá» es, en realidad, una explicación de «Yo soy la Resurrección». Y la tercera, «Y todo el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre», es, a su vez, explicación de «Yo soy la Vida». A estas afirmaciones corresponde la confesión de fe de Marta que ha creído antes del milagro: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (v. 27). Jesús se ha revelado a Marta y Marta ha revelado quién es Jesús para ella.

## Domingo de Ramos

### Primera lectura: Isaías 50,4-7

No oculté el rostro a insultos; y sé que no quedaré avergonzado.

El tercer cántico del Siervo del Señor (Is 50,4-11) está dedicado a ese misterioso personaje, difícil de identificar, detrás del cual se perfila la figura de Cristo. Los sufrimientos de este justo perseguido recuerdan las célebres «Confesiones» de Jeremías, esos cinco pasajes en los que el profeta sufriente abre su corazón y revela sus dolores y angustias más íntimos.

El siervo se presenta como un hombre de la Palabra, que transmite el mensaje de Dios a los abatidos (v. 4). A causa de esta misión será perseguido y sufrirá dolores inenarrables. Le azotan la espalda y le someten a viles desprecios (insultos, salivazos, le mesan la barba), pero lo acepta todo con paciencia y fortaleza, confiando en el Señor (v. 6). No se deja amedrentar por estas vejaciones, pues es consciente de que son consecuencia de su ministerio y que cuenta con el apoyo de quien le ha enviado (v. 7). En la figura del siervo el sufrimiento adquiere una nueva y revolucionaria dimensión: no es signo de rechazo sino de elección.

### Segunda lectura: Filipenses 2,6-11

Se rebajó a sí mismo; por eso Dios lo levantó sobre todo.

El himno de Flp 2,6-11 constituye el corazón de la carta. Inspirándose probablemente en un antiguo cántico que se utilizaba en alguna de las celebraciones litúrgicas de la iglesia de Filipos o quizás de otras comunidades, Pablo ofrece una interpretación nueva y original del misterio pascual. No se trata de una cita literal sino de la adaptación de un texto a un nuevo contexto que se completa con adiciones y reflexiones personales.

En el himno se percibe un movimiento de carácter simbólico, primero descendente y luego ascendente. En otros términos, se pasa de la humillación a la exaltación, de la encarnación al misterio pascual. Es de notar que éste no solamente es descrito como «resurrección de la muerte» sino como «exaltación», es decir, elevación, ascensión, glorificación del Resucitado. Por un lado, se asiste a un descenso humillante del Hijo de Dios que, al encarnarse, asume la condición de esclavo hasta llegar al despojamiento total en la cruz (vv. 6-8). Por otro, el Padre responde a la obediencia y humillación del Hijo elevándolo a los cielos (vv. 9-11).

## **Evangelio: Mateo 26,14–27,66**

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo.

La lectura de la «Pasión», evangelio de este domingo, va precedida de la «Entrada de Jesús en Jerusalén», texto que se lee en la procesión de las palmas. La entrada triunfal en la ciudad amada y la simbólica toma de posesión del templo fueron para Jesús preludio de la pasión. El ungido como rey en la cena de Betania, como rey entra en Jerusalén, como rey muere en la cruz y como rey es enterrado.

La pasión según Mateo presenta a un Cristo solemne, consciente del terrible destino que le espera, destino que el evangelista a menudo ilumina con citas el Antiguo Testamento, para mostrar de este modo que los acontecimientos forman parte del designio divino trazado desde toda la eternidad. En la narración todas las escenas se suceden con inmediatez y dramatismo; sin embargo, todas esconden una semilla de salvación, un motivo de esperanza.

La cena pascual (26,14-35) celebra el misterio de la presencia de Cristo en medio de su pueblo. En el huerto de Getsemaní (26,36-46) Jesús, experimentado la agonía de la muerte inminente, se presenta como modelo de orante, y su oración se convierte en una exhortación a todos los discípulos para que encuentren en el diálogo con el Padre la fuerza necesaria para cumplir su voluntad. En el arresto (26,47-56) confirma su doctrina sobre el perdón y la no-violencia, aceptando libremente el plan tramado por los jefes del pueblo. El proceso judío (26,57-75) gira en torno a la última gran revelación de Jesús: «Desde ahora veréis que el Hijo del Hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo» (v. 64), la cual provoca la acusación de blasfemia del sanedrín y las negaciones de Pedro. El proceso romano (27,1-31) determina la elección de Barrabás por parte del pueblo, la indiferencia de Pilato, pero también la simpatía de su mujer. La crucifixión (27,32-50) confirma que el letrado irónico que pusieron sobre su cabeza: «Este es Jesús, el rey de los judíos» (v. 37) decía la verdad. Los signos que acompañan la muerte de Jesús (27,51-56) anuncian que Dios está presente en este aparente abandono, y la confesión de fe del centurión y de los que estaban con él refleja la confesión de la comunidad que reconoce la verdadera identidad de Jesús. En el entierro (27,57-60), José de Arimatea es el último de una serie de personajes que han sabido acompañar a Jesús en la hora decisiva.

En la pasión Cristo se entrega por amor a la humanidad.